

Jorge Federico

HAENDEL



Jorge Federico Haendel, nacido en Halle (Sajonia), contemporáneo de Bach, estudió Derecho, pero pronto abandonó estos estudios al dedicarse a la música. Organista de iglesia y después violín en la ópera de Hamburgo, se familiarizó pronto con la música dramática, viajó por Italia donde hizo amistad con Scarlatti, y en Florencia estrenó en 1707 la ópera titulada "Rodrigo".

Años después marchó a Londres, y al fundarse en 1717 la Opera de Londres, Haendel se encargó de la dirección artística, cargo que regentó hasta 1728, estrenando durante este período unas veinte óperas.

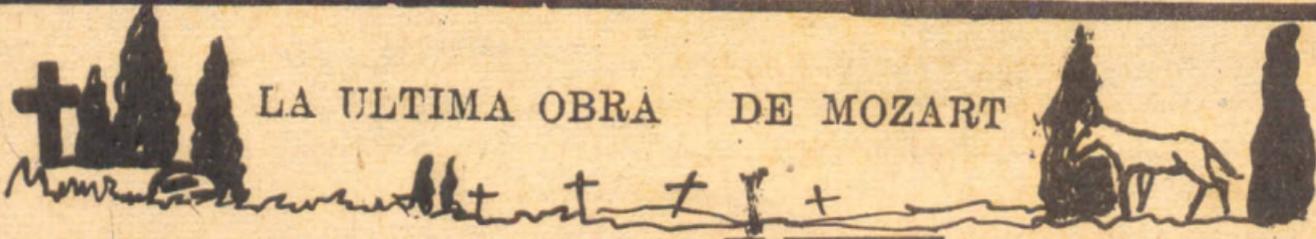
Aunque contemporáneo de Bach, Haendel escribe en estilo más pomposo, más solemne. Es un músico dedicado casi toda su vida a componer

óperas, más de cincuenta. La gloria de este artista perdura gracias a sus oratorios y a la música instrumental para orquesta, para órgano y para clavecín.

Los oratorios de Haendel son geniales; el Aleluya del "Mesías" revela una grandeza y una perfección de escrituras, jamás igualadas.

Sus oratorios más conocidos son: "El Mesías" (1742), "Sansón" (1742), "Judas Macabeo" (1746), "Jephté" (1751). Tiene además, Haendel, en su obra, Sonatas para piano y violín, Conciertos (Concerti grossi) y música de órgano. Haendel puede considerarse como el precursor del arte de Beethoven.

Haendel murió en Londres el 14 de abril de 1759 y fué enterrado en la capilla de Westminster.



LA ÚLTIMA OBRA DE MOZART

Fué un Requiem. Se hallaba el músico en Salzburgo y trabajaba en "La flauta mágica", cuando se le presentó un desconocido para encargarle una misa para una persona cuyo nombre quiso reservar. Mozart aceptó, previo el pago de cien ducados e inmediatamente puso puso manos a la obra. Pero poco después sus fuerzas decaían, y era frecuente oírle decir a su esposa:

—Estoy seguro... Ya verás... Escribo este Requiem para mis propios funerales.

El presentimiento no le impide seguir trabajando. El desconocido lo visita con frecuencia para conocer la marcha de la obra. Mozart llega a odiarle. "No recobraré la tranquilidad, gritaba apenas quedaba solo, hasta que la termine". Las fuerzas empiezan a fallarle, sin embargo. Exhausto, loco, lleno de tristes presagios, en lucha heroica con la miseria y el dolor, pone en el trabajo toda la tristeza de su espíritu. Al fin se rinde. Postrado en el lecho, pide la partitura de su Requiem e intenta cantarla. No puede hacerlo. La muerte cierra sus labios. Era el 4 de diciembre de 1791.

La muerte de Mozart pasa casi inadvertida. Unos pocos amigos fueron al entierro. Como el cementerio se hallaba un poco lejos y no quieren o pueden ir a pie, lo abandonan a mitad del camino. Sólo un perro, un perro blanco, noble y fiel, lo siguió hasta el fin del viaje, dando así tema al célebre cuadro.